ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA INICIACIÓN DE OSMAY

(Narración ceilanesa.)

I

Los linderos del bosque formaban un cinturón de follaje, en el cual sobresalían grandes macizos floridos que brillaban al sol, como si las corolas estuvieran formadas de laminillas de metal con esmaltes de diferentes colores.

Discurriendo de otra suerte, y al ver las innumerables mariposas y coleópteros revoloteando alrededor de las flores, ó trepando por los tembladores tallos, respectivamente, se llegaba á dudar si los brillantes colores de las alas y élitros eran robados á las flores, ó si éstas lucían sus variadísimas y esplendentes galas por haberse apropiado el colorido de los vivientes seres que de flor en flor los unos, y corriendo por entre las hojas y tallos los otros, con incansable afán libaban dulces y sabrosos néctares ó perseguían á liliputienses monstruos parásitos.

Dentro del bosque, la inmensidad de lo desconocido, una virginidad salvaje aún no acariciada por la mano del hombre. Alcanzaba la vista, mirando al frente y hasta donde lo permitían algunos claros del muro florido, un entrelazamiento de lianas de tonos variados, desde el brillante verde obscuro al dorado mate, y entre aquel ir y venir de laberínticas redes vege-

tales descollaban algunas prolongaciones á modo de tentácu-los, cual si buscaran una presa que se les escapase, ó ya tendiéndose en forma de columpio para recreo de alguna ninfa del bosque. Mirando á lo alto, surgían aquí y allá las copas de las gentiles palmeras de Palmira, de hojas en forma de abanico; el elevado ramajo de las higueras sagradas; los penachos plumíferos de los bambúes gigantescos; las anchas y delicadamente verdosas hojas de los bananeros, y los colosales cactus y enforbías espinosas. Todo desbordante de vida, pletórico de savia y llenando el ambiente de una mezcla especial de olores suaves, embriagadores, húmedos, ardientes, acres, formando, en fin, un conjunto que despertaba sensaciones opuestas, tales como laxitud, ardor y dulce voluptuosidad.

A los flancos del bosque se extendían en suaves ondulaciones, que iban á morir á la playa, algunas colinas cubiertas de cocoteros y salpicadas de grandes rocas, con exuberante y extraña vegetación.

La playa era de finísima y blanca arena, formando un extenso semicírculo. Dos promontorios, al Este y al Oeste, limitaban la bahía. El promontorio oriental estaba formado por un grupo de pintorescas montañas, en cuyas laderas se veían pequeñas chozas, ya aisladas ó reunidas, constituyendo pequeños lugares ó aldehuelas. Contrastaba con los tonos verdes el color rojo sombrío de algunas rocas. El promontorio occidental puede decirse que todo él era un inmenso y hermoso bosque, y á lo lejos, destacándose como las últimas barreras de un grandioso anfiteatro, las azuladas montañas, por encima de las cuales se erguía, semejando altivo y gigantesco centinela, el pico de Adán.

Aquel día, y en aquella hora, el ambiente era sofocante, y algo parecido á ese vapor que se desprende de una hoguera vibraba en el espacio. Al oído llegaban ruidos misteriosos y variados: el chirriar que produce con sus élitros el insecto; la rama seca que cruje al desgajarse; el pájaro que grazna, chilla ó picotea en el tronco del árbol secular; el manso quejido de las tranquilas aguas del mar en su lento y continuo trabajo de resaca... La voz de la madre Naturaleza que en conjunto armonioso é indescriptible pronuncia un discurso sin palabras en aquella hora de siesta y en aquel delicioso rincón de la deslumbrante, de la hermosa, de la paradisiaca isla de Ceilán.

II

Entre el bosque y la playa, más cerca de aquél que de ésta, se alza una pequeña choza de bambú, única vivienda que en aquella parte de la costa se divisa.

Delante de la choza y mirando hacia la playa, cuatro postes, techados de hojas de bananero, forman un sombrajo, y protegidos por él, dos hombres sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, parecen sostener una interesante conversación.

Uno es viejo; el otro joven. El viejo, á pesar de la carga de los años, conserva residuos de una esbeltez majestuosa. La cara lampiña, expresiva, de color amarillento; la nariz aguileña. La profunda y noble mirada de sus negros ojos revela energía é inteligencia, y de tal modo es atrayente aquel hombre, que antes de escuchar su voz se tiene la esperanza de ser convencido. Viste una especie de sotana de blanco algodón, pantalones anchos del mismo color, y cubre su cabeza, de pelo ralo y canoso, una alta tiara negra. Representa el tipo parsi en su más pura expresión é indumentaria.

El joven es de elevada estatura, color moreno amarillento, largos cabellos y poblada barba negra. En su semblante resplandecen por igual la audacia y la nobleza; el labio inferior, ligeramente contraído, da á la fisonomía cierto aspecto irónico con dejos de amargura. Holgados pantalones blancos, amplio albornoz, blanco también, y un turbante amarillo, en forma de mitra, componen su traje. Igual que su compañero, lleva los pies descalzos. El menos versado en estudios antropológicos no vacilaría en clasificarlo como individuo de la subraza indoárabe.

Escuchemos su conversación:

—Tus dudas, Osmay, son el insípido fruto de la ignorancia que todos cosechamos; en efecto, el que más ve es porque ha pensado menos en lo aparente que en lo real, y vive siempre rodeado de sombras quien dudando vive. Consecuencia: vale más creer un error, pero creerlo con fe y de buena fe, que buscar una verdad por caminos de incertidumbre.

—Hablas bien, Duwa-Gama, porque la experiencia de tus años te enseñó lo que yo aún ignoro, y además porque eres un sabio. Yo quiero ver en estas tinieblas que me rodean... ¿Por qué el mal y la fatalidad, que persiguen sin compasión á algu-

nos seres que jamás hicieron nada para merecer el padecimiento y ser víctimas acaso del pecado de otros? Este es el problema que yo no puedo resolver... Por lo que se refiere á mi persona, tiendo la vista hacia atrás y veo, desde los primeros años de mi existencia, agitarse la negra mano de esa fatalidad que me persigue sin compasión. Padres, familia, amigos, ¡cuanto amé!, todo lo he perdido, y como si fuera una planta venenosa, cerca de la cual nada puede vivir, así también cuanto es amado por mí fenece. Por eso me figuro que estoy maldito, Duwa-Gama; sin embargo, el bien me atrae, y puedes estar seguro que antes que cometer una mala acción con mi mano derecha, la izquierda sería capaz de cortarla de un sólo golpe... Habla, venerable anciano; que tus palabras lleguen á lo más profundo de mi alma, pues para eso vine á tu oculto retiro atravesando bosques, salvando precipios y padeciendo de hambre y de sed. Ya que no un verdadero convencimiento, dame siquiera una esperanza.

El viejo parsi, que escuchaba en actitud serena y recogida, se inclinó sobre Osmay, le besó en la frente y hablóle de este modo:

—Hijo mío, todo creyente en una religión con templos y sacerdotes no llegará nunca á conocer la verdad. Yo, como tú, viví en el error hasta que un dia *empecé á ver*. Basta un solo momento á veces para sentirse iniciado en la verdadera fe; pero lo general es que la jornada sea larga y penosa... Llevaré á tu espíritu alguna luz por caminos de rodeo... ¡El Bien y el Mal! ¡Quién puede saber lo que esto significa...! ¿No te ha ocurrido alguna vez encontrarte en presencia de un hecho insignificante, al parecer, pero que ha podido influir para determinar de igual modo un resultado bueno ó malo?

—Espera... ¡Sí...! Precisamente esta mañana, al pasar bordeando un precipicio, resbaló uno de mis pies en una pequeña piedra, y en vez de rodar al abismo caí al lado opuesto sobre un matorral. Aún puedes ver los arañazos casi manando sangre. (Y al decir esto señalaba, entre otras erosiones, una herida no muy profunda que desde la parte interna del labio inferior se extendía rebasando el borde del mismo.) Ya ves á qué poca costa salí del percance, y cómo una miserable piedrecilla pudo hacerme perder la existencia.

—¡Oh, mi buen Osmay!; repara cómo el argumento se pre-

senta siempre, y que sólo falta saberlo interpretar. Veamos: una insignificante piedra puede disponer de la vida de un hombre, pues todo es cuestión de caer á un lado ó al otro: es decir, la muerte y la vida juntas—si muerte hemos de llamar á lo que es transición—, pudiendo obrar simultáneamente... ¿Y por qué estás tú ahora hablando conmigo en lugar de hallarte hecho pedazos en el fondo de una sima?

—Porque la casualidad así lo quiso—contestó rápidamente Osmay.

—¿Y qué es la casualidad?

—Lo que está fuera de todo cálculo y razón.

—De todo cálculo y razón humana, no generalices; pero que obra dentro de la relación de causa á efecto. Lo que pasa es que confundimos ambas cosas, y el resultado es el error. Todo está encadenado en la Naturaleza, y suceden los hechos porque deben suceder, sin que esto tenga relación alguna con el *estaba escrito* de vosotros los mahometanos, que confundís el *efecto* con la *causa*.

—Sí, Duwa-Gama; pero una vez que las cosas han sucedido, piensa uno en que el hecho pudo tener consecuencias distintas y no comprende el porqué. Si yo caigo á la derecha, mi muerte es segura; caí á la izquierda y vivo estoy; todo ha pasado, y ante la consumación de los hechos, juzgo que lo sucedido no puede tener consecuencias ulteriores; todo es obra de la casualidad y nada más.

—¿Y quién te ha dicho á ti, pobre criatura, que las cosas al parecer insignificantes no pueden tener consecuencias...? El grito que sale de tu garganta, el roce de dos ramas movidas por el viento, la ola al romper sobre la peña, la hoja desprendida del árbol, la chispa que alumbra ó quema, ¿crees tú que sólo producen los efectos que vemos, que dejan de seguir obrando, y que esos efectos no tendrán continuación? No, Osmay, no; nadie puede saber dónde empiezan ó acaban el bien y el mal; y eso que llamas fatalidad no es otra cosa sino el resultado de una ley que está muy por encima de todas las previsiones humanas. En tus palabras hay mucho de hermosas promesas, pues esa falta de fe en la religión que te enseñaron revela que buscas la verdad, y si hoy te ves perdido en el laberinto de la duda, mañana darás con el sendero de la intuición, que te llevará á la nueva fe. Yo, como tú, fuí joven y dudé, hasta que un día

sentí que miraba por bajo de la superficie de las cosas, y desde ese día viví en la soledad, no por aborrecimiento á los hombres, sino para vivir en el templo de la Naturaleza, sondear sus arcanos y dormir tranquilo, sin miedo al presente ni á la eternidad del porvenir.

—Será lo que tú dices, y tal vez yo no seré capaz de comprenderlo; pero insisto en que si en el instante de tropezar con la piedra estuve á punto de rodar al abismo, al presente estoy vivo, la piedra continúa al borde del sendero y no es posible suponer que lo pasado tenga otras consecuencias. Repito que todo fué efecto de la casualidad, mientras que si hubiera caído al fondo de la sima, la fatalidad obraría entonces, sirviéndole de instrumento una piedra.

—A dos efectos distintos de una misma causa los consideras, respectivamente, como casualidad y fatalidad, de donde se deduce que, según tú, no hay más que efectos casuales y fatales. Salvas tu vida, y á eso le llamas casualidad; pero más propiamente hablarías si dijeras, ya que para ti todo es efecto de la casualidad ó de la fatalidad, que si esta última representa también para ti el mal, lo contrario representará el bien; luego, si ambos son, como no pueden menos de ser, el resultado de una acción, no debes empeñarte en ver casualidad y fatalidad en lo que sólo es ley de contraste ineludible, necesaria.

—Pero entonces esa ley será injusta, ó por lo menos caprichosa.

—Para comprenderla hay que *saber mirar*. Un ejemplo te presentará más comprensible la lección... Por cierto que ésta va á ser práctica, y en verdad te digo, Osmay, que para los que saben leer en el gran libro de la Naturaleza, todos los enigmas dejan de serlo.

Al hablar así, Duwa-Gama alzó la vista, dirigiéndola á un punto del espacio donde á gran altura volaba una rapiña.

—Observa—continuó—las evoluciones de ese animal; mira cómo se acerca, se cierne y queda inmóvil, cual si sus alas estuvieran suspendidas de invisibles hilos... sube, baja, revolotea, y si no se lo impido la verás precipitarse como una saeta á muy pocos pasos de este sitio, pues desde aquí estoy viendo encima de aquella piedra el apetitoso bocado que llama su atención. De mi voluntad depende que pasen las cosas de modo muy distinto; pero se me antoja actuar de Providencia, es decir, no

se me antoja, porque obro impulsado por una causa oculta de la cual no me doy cuenta.

Y el parsi se levantó dirigiéndose hacia una pequeña roca, distante unos seis pasos del sitio en que se encontraban. Un lagarto de regular tamaño echó á correr, escondiéndose en una grieta, en tanto que la rapiña remontó el vuelo, alejándose rápidamente.

Duwa-Gama volvió al sombrajo y ocupó su puesto cerca de Osmay, quien entre asombrado y curioso interrogaba con la vista á su compañero: éste siguió la conversación en el punto en que la había dejado.

—Si yo no me acerco allí, el animal, que andaba á caza de insectos en la roca, no hubiera huído, y tampoco la rapiña que acechaba al lagarto. La víctima era segura sin mi intervención; pero fíjate bien, y dejando aparte lo que pudo suceder, veamos lo que ahora puede pasar: el lagarto buscará otro centro de operaciones, ó tal vez volverá dentro de poco al mismo sitio, y si le fuera dado reflexionar, ten por seguro que maldeciría mi intrusión, fijándose únicamente en que ella vino á interrumpir su agradable entretenimiento, sin pensar que yo le hice el beneficio de salvarle la vida. El alado cazador, en este momento caerá tal vez sobre otra presa, y mira tú cómo yo que acabo de ganar una existencia, contribuiré á la pérdida de otra, siendo indudable que el lagarto y la serpiente, al sentirse contrariados, no se explicarán lo sucedido; pues igual nos ocurre á los hombres que no somos capaces de comprender ciertos misterios, y la ignorancia nos lleva de la mano al terreno de las negaciones.

Al llegar Duwa-Gama á este punto de su peroración no separaba la vista de Osmay, cual si pretendiera leer en su pensamiento. El indo-árabe nada decía, pero sus ojos seguían preguntando.

—¿Estás verdaderamente dispuesto á todos los sacrificios y privaciones para llegar á conocer la verdad?

—A todo, Duwa-Gama, y no retrocederé ante los mayores peligros, lo cual no es mérito alguno porque no le tengo aprecio á la vida; me conformo á soportarla y nada más.

—Aquí, hijo mío, serás iniciado en la verdadera religión cuando hayas oído la Voz de la Naturaleza, y el día en que esa Voz encuentre eco en ti, las dudas se desvanecerán cual débil

columna de humo deshecha por el viento. Yo seré el pequeño impulso que despierte lo que hoy está dormido en tu conciencia; pero la victoria será tuya exclusivamente... Y ahora, Osmay, disfrutemos de la hermosa puesta de sol que se avecina. Aspirando la suave y fresca brisa del mar, escuchando el dulce rumor de sus mansas olas, y viendo cómo se acerca la noche, continuaremos nuestra plática.

Y Duwa-Gama y Osmay se dirigieron camino de la playa, internándose por aquellos campos de espléndido follaje.

En las lejanías de la costa, los reflejos del sol daban á las rocas apariencia de grandes bloques de metal enrojecidos por el fuego, mientras que en el espacio, unas nubecillas redondeadas parecían trozos de nácar, con tonos de verde y rosa muy pronunciados, que hacían indescriptible contraste con la variedad de matices de la vegetación y el violeta suave de las aguas del mar. En el bosque, los chirridos de los insectos y otros mil ruidos de los animales diurnos iban disminuyendo, según se acercaba la hora del reposo para muchos seres, y la de la actividad para otros. La Naturaleza se preparaba á completar su movimiento de aspiración é inspiración, que no otra cosa representa la sucesión del día y de la noche.

III

Ya lo había dicho Duwa-Gama: los hechos suceden porque deben suceder, y el Destino no es obra de la casualidad ni de la fatalidad, sino del cumplimiento de una ley que no puede ser concebida por el pobre humano conocimiento. Millones de veces entra un átomo en juego en diferentes combinaciones, y sólo produce un efecto determinado cuando las cosas están á punto.

¡En cuántas ocasiones de su vida habrá Duwa-Gama lindado con riesgos y embozadas amenazas de muerte sin caer en el vórtice peligroso...! Pero en aquel preciso momento, ni en el hombre, ni en el terrible ofidio, hubo intencionalidad en la preparación de la acción. Un desnudo pie, hollando la hierba, vino á posarse sobre la fría y resbaladiza piel de la serpiente, y ésta, despertada de su letargo diurno, y obrando con la actividad propia de su instinto al creerse amenazada, volviéndose con rapidez clavó sus ponzoñosos y aguzados dientes en la indefensa carne.

—¡Oh, venerable y sabio Duwa-Gama! Ahora sí que creo en el Bien y en la Providencia. Si tus razonamientos han llevado la luz á mi espíritu, la realidad de lo que veo me trae después de la luz la profunda convicción.

Y mientras hablaba, incidía con la punta de su afilado cuchillo un poco más arriba del sitio de la mordedura, dilatando sin compasión las pequeñas heridas causadas por el animal. Antes había impedido la circulación sanguínea, apretando fuertemente con una larga tira de la tela de su albornoz, que fué enrollada á cuatro ó cinco dedos por encima del tobillo. Dejó que la sangre corriese, ayudando su salida con enérgicas fricciones de arriba á abajo.

Duwa-Gama, entre tendido y sentado á causa de la inclinación del terreno, dejaba hacer á Osmay, con la impasibilidad de quien nada teme y de antemano acepta las decisiones del Destino.

De repente, Osmay, sujetando con su mano derecha el pie de Duwa-Gama, y con la izquierda la pierna, se inclinó, y aplicando la boca á la sangrienta herida succionó con fuerza.

El parsi hizo un rápido movimiento tratando de desasirse de Osmay; pero éste le sujetó con más energía, continuando su operación, que sólo interrumpía para arrojar la sangre de que se llenaba su boca, volviendo á succionar y escupir, sin que Duwa-Gama pudiera impedirlo, porque las manos de Osmay parecían dos tenazas de acero que imposibilitaban toda tentativa de libertad.

—¡Osmay...! ¡Yo te conjuro...! ¿Qué haces, hijo mío? ¡Suéltame, desgraciado!

Y Osmay callaba, y sin casi tomar aliento no daba descanso á sus labios en extraer sangre, y á sus manos en sujetar de firme.

Y Duwa-Gama, pasado el primer momento de excitación y de duda, que siempre existe aun en los hombres de mayor santidad, miró al cielo y miró á Osmay, y en sus ojos volvió á lucir la dulce y serena mirada de la resignación.

Y el sol, casi oculto en el horizonte, enviaba á la tierra sus últimos resplandores.

Y Duwa-Gama pensaba que un asqueroso animal rastrero no podía destruir lo que es inmortal.

Cualquiera de los dos que llegase á sentir circular por sus

venas la ponzoña no moriría. La carne sí; pero *ellos* no eran la carne...

Cuando Osmay juzgó que el peligro estaba conjurado, restañó la sangre, aplicó sobre la herida una hoja de tabaco y vendó cuidadosamente.

—En verdad te digo que el veneno de la serpiente de anteojos no llegará á paralizar tu sangre.

Así habló Osmay.

Y levantando al viejo con el mismo cuidado que si se tratara de un niño, estrechamente abrazado á él, echó á correr, dirigiéndose hacia la cabaña.

En aquel momento el sol desapareció al otro lado de la costa, y las primeras sombras de la noche empezaron á reinar en el espacio.

IV

La luz de una tea resinosa brilla débilmente en el interior de la vivienda. Osmay se halla tendido sobre una esterilla de junco, y su cabeza se apoya en un haz de hierba seca. Duwa-Gama mira con amor aquel semblante pálido, velado por las primeras sombras de la muerte. Las postreras palabras de Osmay no despiertan en el corazón del anciano sentimientos de tristeza; ve partir al mancebo con envidia, porque va á emprender un viaje que romperá un eslabón más de la misteriosa cadena.

—Duwa-Gama, ¡esto es hecho...! No es la Fatalidad, sino el Destino el que obra. Un ligero resplandor es suficiente para ver en la tiniebla, y conservar durante toda una vida el recuerdo de lo que se ha visto... Aquella piedrecilla estaba puesta allí para mi muerte; pero no debía morir despeñado en el fondo del abismo, porque entonces no hubiera podido salvar tu vida. Aquel ligero rasguño que el matorral hizo en mi boca fué la puerta de entrada de la ponzoña que corre por mis venas; ya ves cómo la serpiente al morder en tu carne es á mí á quien mata... Ya no dudo, Duwa-Gama... ¡creo...! Cuando apliqué mi boca á tu herida yo comprendí todo lo que iba á suceder, y fué breve, pero luminoso, el momento de la revelación... Yo no atenté contra mi vida, pues lo que hice fué salvar la tuya, ya que una voz clara y enérgica así me lo ordenaba... Yo no podía dejar de cumplir mi destino... Muero resignado, y soy más fe-

liz muriendo que tú con vida; pero así debe ser, Duwa-Gama, y cuando así pasan las cosas, es porque así deben pasar... Acércate...; ya mis ojos no te ven... Déjame besar tu venerable frente... ¡Oh, Duwa-Gama...! no veo tu semblante...; pero veo muchos resplandores... ¡Qué hermosa es la muerte...! ¡No...! no es la muerte... Siento que todo vibra y se inflama alrededor de mí... Un sol muy hermoso que se va agrandando... agrandando... ¿Voy yo hacia él, ó viene él á mí...? Más cerca... ¡más cerca...! Una nueva vida invade todo mi sér... ¡Oh, sol, bendito seas...!

Y el último aliento vital salió del cuerpo del moribundo. Sus ojos miraban aún á lo alto; la sonrisa de su boca daba al rostro una expresión atrayente y tenía resplandores de viva luz. Si aquello era la muerte terrena, parecía también el principio de una resurrección.

Duwa-Gama miraba fijamente á Osmay, y su abstracción é inmovilidad eran tales, que cualquiera pensaría que allí había dos muertos: uno rendido á la tierra, y el otro sosteniéndose erguido por obra de milagrosa intervención. Tal vez el espíritu del parsi, sujeto por invisible hilo á su envoltura carnal, se había juntado por breves momentos al espíritu de Osmay para acompañarle hasta los umbrales de un mundo desconocido.

Cuando Duwa-Gama volvió en sí de su éxtasis, no expresaban sus ojos espanto ni pena. Al acordarse de lo pasado, latía su corazón con la misma tranquilidad que en el último amanecer, sin asombrarse de que Osmay muriese en plena juventud por salvarle la vida, ni de que él, viejo y decrépito, tuviera aún necesidad de vivir.

Sereno y sonriente continuaba mirando al hermoso y varonil semblante del muerto. De repente sintió una gran alegría, sólo comparable á la que siente toda alma noble en presencia de la felicidad ajena, y después de esta alegría vino la indiferencia de quien conoce el secreto de todas las apariencias y realidades, porque no ignora que el Destino no es la Fatalidad, sino la Ley, y que ésta es la obra del Señor.

Y lo aquí narrado sucedió desde las primeras horas de la tarde hasta bien entrada la noche del día en que fué iniciado en su nueva fe el indo-árabe Osmay.

Jacobo SAN MARTÍN LOZANO

ELECCIÓN DEL PRESIDENTE

La siguiente carta de Mr. Sinnet, dirigida á Mrs. Besant, contiene detalles referentes á la votación, que sin duda serán de interés para los miembros. El anuncio oficial de la elección de Mrs. Besant fué hecho por Mr. Sinnet en la reciente Convención.

Julio 1.º de 1907.

Á Mrs. Annie Besant:

Apreciable señora: Después de mi carta del 28, en la cual le dí cuenta de la ratificación de su designación á la Presidencia, tengo el placer de remitirle una nota de la votación, que me ha sido facilitada por las Secretarías generales.

SECCIONES	SÍ	NO
India	3.571	47
Americana	1.319	679
Británica	1.189	261
Holandesa	781	1
Francesa	600	50
Alemana	582	20
Escandinava	548	»
Sydney (Australia)	539	5
Cubana	188	14
Italiana	146	12
Votos independientes de la India (*)	117	3
Total	9.580	1.092

Estas cifras representan una tan abrumadora mayoría en favor de usted á las requeridas dos terceras partes de votos, *que no creo sea indispensable esperar el resultado del escrutinio* de la Sección de Nueva Zelanda, ni el de la Sección Australiana, para hacer público que la

(*) Estos votos son miembros residentes en Adyar, no necesariamente de miembros Indos.

ratificación es un hecho, puesto que ningún nuevo dato puede alterarla, sea cual fuere el resultado que arrojen las antedichas Secciones.

Tengo el honor de ser vuestro afectísimo.—*A. P. Sinnet.*

Después de haber sido escrita la carta que antecede, el escrutinio de la Nueva Zelanda arroja los siguientes datos: *Sí*, 246; *No*, 30.

LOS ESTATUTOS DE LA SECCIÓN

De acuerdo con la idea adoptada por la Convención, el Comité Ejecutivo invita á todos los miembros á cooperar con él en el examen de los Estatutos de la Sección, y á remitir á la Convención de 1908 todos los informes que acerca de los mismos se tenga por conveniente formular. El Comité estima que es para él un asunto de suma importancia el poder conocer la opinión de la Sección sobre estas cuestiones, por cuyo motivo invita eficazmente á los miembros á remitir cualquier idea ó dato que pueda ocurrírseles. El Comité considera que sería muy útil que cada Rama dedicase á lo menos una sesión al examen de los Estatutos, remitiéndole luego las conclusiones que hubiese adoptado.

Dicha sesión ó sesiones podrían ser incluídas en el programa de los trabajos de otoño. Los datos ú opiniones que se formulen deben serme remitidos, á más tardar, hasta el 1.° de Diciembre de 1907, y con el objeto de prestar mayores facilidades al Comité, deben remitirse, cuando menos, tres copias de cada comunicación, las cuales deberán ser escritas en una sola cara del papel.

Se llama muy especialmente la atención de los miembros acerca de este último punto.—*Katte Spink,* Secretario general.

Discurso de clausura del Presidente en la Convención de 1907.

Al concluir el mitin, Mrs. Besant dijo que nada podía decir desde la Presidencia en contestación á los ataques que se le habían dirigido, ni sobre las falsas noticias que se habían propalado. Como Presidente de la Sociedad y del mitin defendió el indiscutible derecho y la libertad que tienen todos los miembros de juzgar las cosas y de aceptar y rechazar cualquiera doctrina ó autoridad. Nadie puede conculcar este derecho sin destruir la base sobre la cual la Sociedad fué fundada, sin desnaturalizar el primordial pensamiento que ella se propuso.

Sin embargo, Mrs. Besant dijo que esta libertad de pensa-

miento no se apoyaba en la desconfianza de poder hallar la verdad, sino en la convicción de que la verdad podía ser hallada más fácilmente dentro del círculo de la más absoluta libertad, y que la verdad no es perceptible á ningún sér humano hasta que su inteligencia la reconozca como á tal. Por este motivo proclama Mrs. Besant la libertad del pensamiento, puesto que sin esta libertad las corrientes del progreso se atrofiarían, porque ¿cómo puede alguien sostener que sus convicciones de la verdad deben ser las mismas de todos aquellos que vengan tras él? Precisamente porque las convicciones de Mrs. Besant están muy arraigadas en ella, por este motivo no desea imponerlas á los demás. Como Presidente, Mrs. Besant defenderá el derecho de exponer libremente todas las opiniones, así las más heterodoxas como las más ortodoxas, pues nadie debe atreverse á cerrar los labios de aquellos que las sostengan, ni decir que no les asiste el derecho de exponer sus puntos de mira entre ellos. Mrs. Besant desea transmitir intacta esta libertad al que la suceda en la silla presidencial.

Mrs. Besant habló luego de la labor que se debe llevar á cabo y de la necesidad de apoyar leal y eficazmente á aquéllas en cuyas manos ha sido confiado el poder ejecutivo.

Dijo que si le fuese permitido hacer una indicación, ésta sería que los miembros deben esforzarse en multiplicar la variedad y número de sus actividades, y que las logias deben hacer todo cuanto esté en su mano para trabajar á lo largo de las líneas que más favorables y peculiares les sean y convertirse en activos centros de vida para llevar la ilustración en el seno de las respectivas Sociedades de las cuales forman parte. El nuevo Consejo Ejecutivo puede hallar dificultades en su camino, puesto que ha habido diferencias de opinión libremente expuestas por todos. ¿No será posible doblar esta hoja y principiar este nuevo año de vida como una nueva página sobre la cual se escriban palabras que no lleven consigo ninguna huella de la acritud y amargura que ha llevado la que lo ha cerrado? Los miembros deben recordar que las francas explicaciones han saneado nuestra atmósfera, y que debido á esta feliz circunstancia se puede conseguir que todos ellos trabajen de nuevo para un fin. A ningún sér, aun cuando anteriormente haya estado en desacuerdo, por muy elevado que sea, le es dable percibir toda la verdad, y en una discrepancia, todos los puntos de vista ex-

puestos contienen fragmentos de la verdad. Esforcémonos para que en este nuevo año desaparezcan de entre nosotros todos los antagonismos, y para que la fraternidad sea un hecho real y verdadero.

No permitamos, pues, que se diga por más tiempo que la Sociedad ha quebrantado su fraternidad en su Primer Objeto. La fraternidad no sufrió quebranto alguno con motivo de la diversidad de opiniones, aun cuando éstas fueron expuestas de un modo quizás demasiado enérgico y expresivo, sino únicamente á causa de pensamientos malévolos de los juicios erróneos y de las ideas injustas que aquellos mismos que las concibieron no fueron capaces de profundizar.

La fraternidad sólo puede vivir en aquel espíritu de amor y libertad que constantemente se esfuerza en percibir el bien en todo, y que únicamente cree en el mal cuando éste está probado de modo que no deja lugar á dudas. Si lo que antecede puede ser llevado al terreno de la práctica, entonces la Sección Británica habrá prestado su contingente á la vida del movimiento. Esta vida se desarrollará en el espíritu de amor. Do quiera que este espíritu estuvo ausente, allí se vió amenazada de muerte ó de consunción una Sección, puesto que aquéllas que mejor supieron amar se hallaron mucho más cerca del origen de toda vida, mucho más cerca del corazón del Universo.

Rosita MÉRIDA

«Wahan» Agosto de 1907.

El autor de la Imitación de Jesucristo.

El ser anónimo es una gran ventaja para un libro destinado á la popularidad. La obscuridad de los orígenes es la condición del prestigio; la vista demasiado clara del autor empequeñece la obra y nos hace distinguir, á pesar nuestro, detrás de los más bellos pasajes á un escriba ocupado en pulir frases y en combinar efectos. Mostrando en la *Iliada* y la *Odisea,* no ya el fruto de las vigilias de un poeta componiendo con método y reflexión, sino la creación impersonal del genio épico de Grecia, Wolf ha puesto la primera condición de la admiración seria de

Homero. El encanto de la Biblia proviene, en parte, de que el autor respectivo de los libros es tan á menudo ignorado. ¡Cuán más hermosos nos parecen los fragmentos que forman la segunda parte del libro de Isaías: «Levántate, resplandece, Jerusalem» desde el momento que en él vemos el grito de esperanza de un profeta desconocido, tal vez el más grande de todos, anunciando durante el cautiverio la gloria futura de Sión! La perfección está precisamente en que el autor se haya olvidado de sí mismo hasta el extremo de que no haya pensado en firmar, ó en que su libro haya respondido tan completamente al pensamiento de una época, que la humanidad misma, por decirlo así, se haya sustituído á él y haya adoptado como suyas las páginas que ella reconocía haber inspirado.

La critica, cuyas exigencias distan de estar siempre de acuerdo con las de la admiración ingenua, no se detiene ante semejantes consideraciones. Cuanto más se ha ocultado el autor más se obstina en penetrar el misterio de las grandes obras sin nombre. Algunas veces sería sensible que lograse recorrer demasiado bien el velo que forma una parte de su belleza. Pero á menudo también revela circunstancias históricas que, mejor que las sílabas insignificantes de un nombre propio, nos ayudan á colocar la obra anónima en su medio natural y á restituirle su primitiva significación.

El libro que bajo el título equivocado de *Imitación de Jesucristo* ha alcanzado tan extraordinaria fortuna, ha ejercitado más que otro alguno la sagacidad de los eruditos.

La historia de las diversas literaturas no ofrece acaso ninguna otra obra cuya paternidad esté tan borrada. El autor no ha dejado ni una huella de sí mismo; para él no existen ni en el lugar ni en el tiempo: se creería en una inspiración de lo alto que no ha atravesado para llegar hasta nosotros, la conciencia de un hombre. Desde las relaciones absolutamente impersonales de los primeros evangelistas, jamás voz tan desprendida de todo rasgo individual había hablado al hombre de Dios y de sus deberes.

De los tres autores principales, para los que se reclama el honor de haber compuesto este admirable libro, Kempis, Gerson y el benedictino Juan Gerson, abad de Verceil, este último, cuyos derechos al principio fueron rechazados como quiméricos, ha visto de repente prosperar su causa á consecuencia de in-

esperados descubrimientos y, sobre todo, por la imposibilidad que una crítica atenta ha revelado en las otras hipótesis. Monsieur Paravia, profesor de la Universidad de Turín, acaba de publicar un nuevo alegato en favor de su compatriota. Si no añade ningún hecho á los que laboriosamente había recogido en el mismo sentido M. de Gregory, tiene, cuando menos, el mérito de descartar las malas razones y los episodios por los que había perjudicado á su causa. Se puede únicamente sentir que el último defensor de las pretensiones del abad de Verceil no haya sabido, mejor que sus antecesores, colocarse por encima del defecto habitual de la crítica italiana—me refiero al de la vanidad nacional, tan fuera de lugar en historia literaria—, que inspira al lector una especie de desconfianza aun contra las pruebas mejor deducidas y los más decisivos razonamientos.

Admito, por mi parte, como muy probable el sentimiento de M. Paravia, sobre todo en sus conclusiones negativas contra Gerson y de Kempis. La opinión que atribuye á Gerson el libro de la *Imitación* es de todo punto insostenible. Este libro no figura en la lista de los escritos del canciller redactada por su mismo hermano. Un personaje tan célebre en vida no habría podido, aun queriéndolo, guardar el anónimo respecto de un libro que tan pronto había adquirido renombre y en un siglo en el que tan extendida estaba ya la publicidad.

Hay, además, un extraño contraste entre la ruda escolástica de que se llenó la vida por tantos combates y el pacífico hastiado que escribió aquellas páginas llenas de suavidad y de ingenuo abandono. Un hombre mezclado en todas las luchas de su tiempo no hubiera nunca sabido encontrar tonos tan finos y tan penetrantes. El hombre político conserva hasta en su retiro sus costumbres de inquieta actividad; hay una cierta delicadeza de conciencia que los asuntos públicos empañan irrevocablemente, y se encontraría apenas, cuando menos en el pasado, una obra distinguida por el sentimiento moral que sea fruto de los ocios de un hombre de Estado. Gerson, retirado en los Celestinos de Lyon, continuaba ocupándose de todas las querellas del siglo, y sabemos que, habiéndole pedido su hermano en sus últimos días que compusiera para la comunidad un tratado de moral basado en la Escritura Santa, no pudo llevar á cabo el trabajo.

No quiero censurar al hombre extraordinario que colocó en

su tiempo tan alta la autoridad de la Iglesia galicana y de la Universidad de París. Pero evidentemente el autor del tratado *De anferibilitate Papæ* nada de común tiene con el autor de la *Imitación*. Éste conocía el mundo, es cierto, ¿pero sin ello habría encontrado tan delicados acentos para hablar de la vanidad? Todo, sin embargo, lleva á creer que muy temprano se retiró de la vida. «Cuando lejos de ti erraba, me has atraído de nuevo á ti para servirte... ¿Qué te daré yo por esta gracia?» De la prueba que del mundo hizo no queda en su obra ni pesar ni amargura, sino experiencia y sabiduría consumada. «Por todas partes se aprecia—dice M. Michelet—una madurez poderosa, un dulce y rico sabor de otoño; no hay allí ya las acideces de la pasión joven. Preciso es para haber llegado á aquel punto haber amado muchas veces, dejado de amar, vuelto á amar todavía.» Nada de menos galicano, nada de menos universitario que ese libro. ¿Se piensa en ello? ¡Esta encantadora flor habría brotado entre las solas de la Sorbona! ¡La protesta del alma contra las sutilidades de la escuela habría partido de la residencia del *ergo!* ¡Gerson, el dialéctico por excelencia; Gerson, el enemigo de las órdenes religiosas, el adversario de los místicos, el representante de la aspereza anglicana habría encontrado en su alma endurecida por el silogismo la más dulce inspiración de la vida monacal!... ¿Hay algo más imposible? Añadamos que el estilo de Gerson es de una barbarie completamente escolástica; el de la *Imitación* no es, sin duda, latino, pero está lleno de encantos. Hay que tomar una lengua aparte, por lo que es muy poco clásica, pero admirablemente propia para expresar los más finos matices de la vida interior y del sentimiento.

La hipótesis de que su autor sea Tomás de Kempis no es mucho más aceptable de que lo sea Gerson, bien que bajo ciertos puntos de vista encierre una verdad. La fórmula que se encuentra al final del manuscrito de Amberes: *Finitus et completus per manus Thomæ anno Domini 1441,* indica seguramente la mano del copista ó del compilador, pero no la del autor. Y, sin embargo, la fama no ha sido puramente caprichosa en el honor que hace al escriba de Zwoll. La verdad es, me parece, que Tomás de Kempis fué el autor no del libro mismo, sino de la boga extraordinaria que alcanzó á partir de la segunda mitad del siglo XV en toda la cristiandad. Kempis compuso una recopilación de opúsculos ascéticos á cuya cabeza colocó, como tratados

distintos, los cuatro libros, hasta entonces poco conocidos, que debían convertirse bajo el título de la *Imitación de Jesucristo* en el código de la vida religiosa. Aquella compilación fué muy apreciada en los Países Bajos y en las orillas del Rhin. Varias comunidades quisieron tener copias de ella, «sacadas del libro escrito por el hermano Tomás». En este sentido el piadoso de Kempis tiene, pues, verdaderos derechos sobre el libro de la *Imitación*. No lo compuso, pero lo compendió; y se puede decir que sin él esta producción tan característica del misticismo cristiano se hubiera perdido ó hubiese quedado ignorada. La Edad Media tiene también algunos copistas, caracteres muy apreciables, que llegaron por sus hábitos estudiosos á una nobleza intelectual bastante distinguida. El alma honrada y dulce de aquel buen escriba que declaraba haber buscado el reposo por doquiera y no haberlo encontrado «sino en un rincón con un pequeño libro» *(in angello cum libello)*, era digno de responder, á través de dos siglos de olvido, al alma igualmente pura, pero más elevada del desconocido asceta cuyo destino no hubiera sido completo si no hubiese preludiado por la obscuridad el brillo incomparable que le reservaba el porvenir.

No constituirá una de las menores singularidades de la historia de la *Imitación*, que deba recordarse, la revolución de Julio, á propósito del descubrimiento que más luz arroja sobre sus orígenes. El 4 de Agosto de 1840, M. de Gregory, llevado por la curiosidad á la plaza del Louvre, entró en casa de Tchener y descubrió en las hileras del librero querido de los bibliófilos un antiguo manuscrito de su libro favorito, que había pertenecido durante varias generaciones á los Avogadri de Cerione, en Piamonte. Paleógrafos demasiado inteligentes acaso afirmaron al afortunado autor del hallazgo que el manuscrito no podía ser posterior al año 1300. Es muy admisible la duda acerca de este particular. Sin embargo, el manuscrito en cuestión llamó la atención sobre los Avogadri y ocasionó el descubrimiento de un diario de familia que, con fecha 15 de Febrero de 1349, ofreció una nota, de la que resultaba que el precioso volumen era poseído *desde hacia largo tiempo* por los Avogadri como un tesoro hereditario. Cuando uno se ha formado una idea exacta de lo que es un libro en la Edad Media, fácilmente se admite que el manuscrito de los Avogadri ha podido ser mucho tiempo casi único y que la obra fué propiedad casi exclusiva de algunas ca-

sas religiosas de la Italia subalpina hasta los comienzos del siglo xv, época en que Gerson, y sobre todo de Kempis, cimentaron la celebridad del manuscrito.

Por otra parte, un número bastante grande de manuscritos antiguos atribuyen la obra á un clérigo, Juan *Gesen, Gessen, Gersen* ó *Juan de Cabanac*. El nombre de *Gersen* no está al abrigo de toda dificultad, puesto que se podría en rigor sostener que no es más que una alteración del nombre de *Gerson*. Pero el nombre de *Juan de Cabanac,* sobre el cual no se puede suponer error, y que se lee en varios manuscritos de la Biblioteca imperial, es completamente decisivo; y de ese nombre evidentemente debería haber partido la crítica desde el principio. Ahora bien: *Cabanacum* ó *Cabaliacum* es, probablemente, Canaglia en la provincia de Bielle, en la que el nombre de Gersen, Garsen, Garzon se ha conservado hasta nuestros días en varias familias. Como, por otra parte, se cree encontrar un Juan Gersen, abad de Saint-Etienne de Verciel á principios del siglo xiii, se obliga á designar con bastante verosimilitud el personaje tan largo tiempo y tan curiosamente buscado. Por fortuna, no continúa siendo por ello menos misterioso, pues no se conoce de Gersen más que las sílabas de su nombre, y no perturbará á la imaginación en los sueños que le es permitido formarse acerca de aquel piadoso desconocido.

Sea como fuere, de hoy más parece haberse obtenido definitivamente dos resultados importantes acerca del asunto que nos ocupa. Ante todo, el libro es del siglo xiii, de la flor de la Edad Media y no de su decadencia. Se debió haberlo adivinado, aun cuando los mismos textos no nos lo enseñaran. Nada de triste, de frío, de pálido como ese triste fin de la Edad Media, que desde 1300 á 1450 se arrastra esperando el gran despertar. La *Imitación* no es de aquella sombría época, llena de descontento, de aspiraciones, de cóleras. Los dolores de la Santa Madre Iglesia, reforma del jefe de los miembros; las grandes lamentaciones sobre la prostituída Babilonia; el Apocalipsis invocado conta el papado simoniaco de Avignon, hé aquí los pensamientos habituales de los contemporáneos de los Concilios de Constanza y de Bâle. Nada de todo esto en la *Imitación*. Vése en el libro á un apacible solitario, feliz en su pensamiento, tranquilo sobre la suerte de la Iglesia, sin ninguna preocupación por el porvenir del mundo. Su tedio no es el que sucede á los grandes siglos, y

que tan grande es hacia 1350. Es más bien el de una época poco atormentada y el preludio de una gran actividad. La escolástica ha nacido ya, pero no lo ha invadido todo; aún el alma conserva sus derechos. La escolástica contra que protesta el clérigo no es la del segundo período representado por Santo Tomás, aceptada por la Iglesia ó identificada con la Teología hasta tal punto, que un cardenal se atrevía á decir que habría faltado algo al dogma de la Iglesia si Aristóteles no hubiera existido. La escolástica que excita las antipatías de esta encantadora y superior inteligencia es de los realistas y nominalistas, la de Abelardo y Guillermo de Champeaux; la *scientia clamorosa* de la montaña de Santa Genoveva, llena toda de definiciones, de géneros y de especies. La disciplina de la escuela, á partir del fin del siglo XIII, se había hecho tan absoluta que nadie hubiera podido sustraerse á ella; ni una voz contra ella se ha elevado hasta el renacimiento. Los místicos alemanes Eckard, Tauler, Henrique Suso, los únicos que han visto la nada de esta ciencia de Dios abstracta y extenuada, han sufrido, como los otros, su influencia. Citan á Aristóteles, á Averroes; han bebido en toda suerte de fuentes impuras. En el autor de la *Imitación,* al contrario, encontramos un pensamiento origen que no ha sido manchado por ningún profano contacto: la Biblia, los Padres, los santos, hé ahí todas las lecturas del piadoso asceta. Me atrevo á afirmar que tal libro no hubiera podido ser escrito después de Santo Tomás y con los hábitos de pedantismo que la enseñanza dominante hacía contraer en el siglo XIII y en el siglo XIV á todos los espíritus.

La vida religiosa, tal como aparece en el libro de la *Iniciación,* nos traslada, igualmente, á la primera mital del siglo XIII. Aquella vida muéstrase aún allí con su fisonomía benedictina; los lamentos del autor y sus deseos de reforma, se agitan en un círculo de ideas muy análogas á las de San Bernardo. Ninguna huella de la inmensa revolución operada en la vida religiosa por las órdenes mendicantes. Cuando el autor quiere citar á sus colegas modelos de órdenes jóvenes y en todo su fervor, cita las fundaciones del siglo XI y del XII, los Cartujos, los Cistercenses. Tenemos aquí, indudablemente, la última voz del monaquismo en su forma antigua y pura, antes de la radical transformación que sufrió á mediados del siglo XIII; vida tranquila y bastante libre y nada de prácticas mezquinas, la santidad en el alma y

no en el exterior. Una vez, es cierto (libro III, cap. L), encontramos citado al ***humilde San Francisco;*** pero este pasaje, que por demás es sospechoso de interpolación, dista de argüir contra nuestra tesis. No está en la versión del P. Granada, hecha en 1537. Después de 1250, cuando San Francisco se convirtió en un segundo Cristo, una especie de encarnación, «un sol que sale de Asís como el otro sale del Ganges» (Dante, *Paraíso,* cap. XI), tal epíteto casi no se comprendería. Observemos, además, que la palabra citada no es textual y parece repetida de oídas. En 1215, el patriarca de los Mendicantes pasó á Verceil: Gersen debía ser entonces abad de *San Esteban:* tal vez vió al santo ya célebre, y recogió de sus labios esta palabra que quedó grabada en su recuerdo.

Un segundo resultado que parece muy probable es que el libro de la *Imitación* es originario de Italia. Tiene su genio, poco profundo pero límpido, apartado de especulaciones abstractas, pero maravillosamente propio á las investigaciones de la filosofía práctica. El elevado misticismo transcendente no ha sido jamás obra de Italia. La dirección del entusiasmo es allí, sobre todo, política y moral. Comparada á Santa Teresa, Santa Catalina de Sena, la gran mística de Italia, es en realidad un personaje completamente político: reconciliar las ciudades, negociar entre los güelfos y los gibelinos, juzgar las pretensiones de los papas rivales, defender los intereses de Siena, he ahí su vida. De Petrarca á Manzoni y á Pellico, se podría encontrar en Italia una serie no interrumpida de almas delicadas y distinguidas, moderadamente ambiciosas en filosofía, pero muy susceptibles en moral, á cuya cabeza me complazco en colocar al autor de la *Imitación.* Pertenece aún más de cerca á la familia espiritual de los Juan de Parma, de los Ulbertin de Casale que, arrancando del misterioso clérico de Calabria, Joaquín de Flore, se van, bajo la bandera del *Evangelio eterno,* á unirse con la orden de San Francisco, y continúan en Italia durante toda la Edad Media el culto del libre espíritu.

De otro lado, los Países Bajos y las provincias del Rhin estaban como predestinados, por el tranquilo misticismo que inspiraban á convertirse para la *Imitación,* á una segunda patria. Creado por Italia debía, ante todo, ser apreciada en el país de Ruysbroek, de Gerardo Groot y de Kempis.—Es lícito decir al contrario, que este libro no tiene nada de francés. Francia no

ha estado jamás bien convencida de la vanidad del mundo; casi no ha tomado aquel tema, sino como un lugar común que se prestaba á hermosos desarrollos oratorios. El sentido exacto y firme de las cosas de la tierra, he aquí su herencia. Francia no es, por su carácter esencial, ni poética ni mística; la esencia de la poesía y del misticismo consiste en transponer el mundo; pues bien, el espíritu francés es, de todos, el más perfectamente en armonía con las proporciones de nuestro planeta; ha medido sus dimensiones de un vistazo, y no va más allá.

Cuando se investiga el origen de esta idea de la *vanidad del mundo,* que se ha convertido en base de la mística cristiana, vése uno llevado á encontrar la primera expresión en el libro de Eclesiastés: ahora bien, el libro de Eclesiastés pertenece por su estilo á las más bajas épocas de la lengua hebráica, y es, sin duda, bien posterior á la cautividad. Es aquélla, pues, una idea relativamente moderna, que por una parte se relaciona al carácter de la raza semítica, que lo toma todo de una manera egoísta y personal, y de otra á la falta de curiosidad y á la inferioridad de las facultades científicas que caracteriza á esa misma raza. Se supuso que Salomón, después de haber apurado la ciencia, el poder y el placer, llegó á esta conclusión final: «*Vanidad de vanidades; todo es vanidad.* Jamás semejante idea se les ocurrió á los pueblos indo-europeos, á los griegos, á los romanos, por ejemplo, que tomaban la vida llanamente, é ignoraban, hasta su versión á las ideas judías y cristianas, la enfermedad del hastío. El cristianismo hizo dominar este sentimiento por completo, é hizo de él uno de los elementos más esenciales de su elocuencia. A partir del siglo v, el mundo vivió de estas dos palabras: *Vanidad de vanidades*... Sólo una cosa es necesaria. La *Imitación* es la más perfecta y la más atractiva expresión de este sistema, grande y poético sin duda, pero que el espíritu moderno no podría aceptar sino con muchas reservas.

El misticismo, en efecto, descuidó demasiado un elemento esencial de la naturaleza humana, la curiosidad, este atractivo que lleva al hombre á penetrar el secreto de las cosas, y á trocarse por la ciencia, según la expresión de Leibnitz, en un espejo del universo. El Eclesiastés no diría ya en nuestros días: «Nada nuevo bajo el sol...; lo que es, es lo que ha sido; lo que ha sido lo que será.» El Eclesiastés no había visto más que un punto bien reducido de la universalidad de las cosas; tomaba el cielo

por una bóveda sólida, y el sol por un globo suspendido á algunas leguas en el aire; la historia, este otro mundo, no existía para él. El Eclesiastés había sentido, quiero creerlo así, todo lo que el corazón del hombre es capaz de sentir, pero no sospechaba todo lo que es permitido al hombre saber. El espíritu humano, en su tiempo, desbordaba de la ciencia; la ciencia, en nuestros días, desborda del espíritu humano. No puedo admitir que quien supiera, á fuer de poeta y de filósofo, todo lo que saben ó deberían saber la Academia de Ciencias y la Academia de las Instrucciones, pudiese decir todavía: «Aumentar su ciencia es aumentar su pena... He consagrado mi espíritu á la ciencia, y he visto que era la peor ocupación que Dios haya dado á los hijos de los hombres...» Me parece, por lo contrario, que el espíritu humano, en nuestro siglo, saldrá del estado de marasmo en que le han sumido tantas esperanzas fallidas; primero, por el sentimiento moral, que tiene el privilegio de sobrevivir en las naturalezas nobles á todas las decepciones; después la curiosidad por esta inclinación que hace que, aun desilusionado, se adhiera uno á este mundo y le encuentre digno de estudio y de atención.

Sí, sin duda, una cosa sola es necesaria. Es una hermosa palabra que es preciso aceptar en todo su alcance filosófico, como el principio de toda nobleza espiritual, como la fórmula expresiva, aunque perniciosa en su brevedad, de la gran moralidad. Pero el ascetismo, proclamando esta simplificación de la vida, entendió de una manera tan estrecha la sola cosa necesaria, que su principio se convirtió con el tiempo para el espíritu humano en insoportable cadena. Entre las cosas intelectuales, que son todas las santas, se distinguió lo sagrado de lo profano. Lo profano, gracias á los instintos de la naturaleza, más fuertes que los principios de un ascetismo exclusivo, no fué por entero desterrado; se lo toleraba, aunque por vanidad. Algunas veces se dulcificaban hasta llamar la menos vana de las vanidades; pero si se hubiera sido consecuente, se le hubiera proscrito sin piedad: era aquello una debilidad á la que los perfectos renunciaban. Así, la naturaleza humana se encontró mutilada en su más elevada porción. En realidad, hay en la vida espiritual muy pocos actos profanos en un todo. Una sola cosa es necesaria, pero esta cosa encierra el infinito. Todo lo que tiene por objeto las formas puras de la verdad, de la belleza, de la bondad moral, es decir, por tomar la expresión más consagrada por los respe-

tos de la humanidad. Dios mismo, percibido y sentido por la inteligencia de lo que es verdadero y el amor de lo que es bello, todo es sagrado, todo esto es digno de la pasión de las almas hermosas. Lo demás, lo concedemos de buen grado al Eclesiastés, no es más que vanidad y aflicción de espíritu.

Hé aquí lo que el autor de la *Imitación* casi no comprendió. No salió jamás de su celda de Verceil. No leyó de Aristóteles más que la primera línea, *Omnis homo naturaliter scire desiderat*, y cerró el libro completamente escandalizado: «¿De qué sirve, dijo, saber cosas acerca de las cuales no seremos examinados en el día del juicio?» (Lib. I, caps. II y III). Por esto es incompleto, pero por esto precisamente es por lo que nos encanta. ¡Cuánto quisiera ser pintor para mostrarle, tal como le concibo, dulce y recogido, sentado en su sillón de encina en el bello traje de los benedictinos del Monte Casino! Por la celosía de su ventana se vería el mundo revestido de un triste azul, como en las miniaturas del siglo XIV; en primer término una campiña salpicada de esbeltos árboles, á la manera del Perugino; en el horizonte, las cimas de los Alpes cubiertas de nieve... Así me lo figuraba en el mismo Verceil, hojeando los manuscritos ahora depositados en el *Duoma*, y de los que acaso algunos han pasado por sus manos.

La vida monástica, entre muchos frutos excelentes, tenía la ventaja de sustraer de la vulgaridad algunas almas escogidas destinadas á una misión especial de enseñanza religiosa ó moral. Los hombres no colocan alto lo que ven á su nivel. Para ejercer sobre ellos una gran acción moral, religiosa, hasta política, en el sentido elevado de la palabra, es preciso no parecérseles mucho. Ese don cruel que condena al aislamiento al hombre consagrado al culto de una idea, se descubre pronto por cierto embarazo que le hace parecer torpe, fuera de su elemento, aburrido en medio de los otros. Se conoce que vive en lo alto y que le ocasiona pena descender; no sabe decir cosas vulgares; su reserva excita en las personas ordinarias un sentimiento de respeto mezclado con cierta antipatía. La vida religiosa en las épocas en que las creencias que ella supone podían convenir á espíritus cultivados, era un excelente asilo para aquellas almas. Una persona que había pasado de la vida religiosa á la vida secular, me decía que la sorprendió encontrar fuera del claustro muchos más espíritus elevados y serios de lo que se le había hecho creer,

pero también le causó sorpresa encontrar en general la gente muy vulgar, preocupada de los quehaceres domésticos y de una multitud de cosas que no ennoblecen. No quisiera exagerar la importancia de esta hidalguía espiritual, sin la cual se puede muy bien ser un hombre útil y hasta un hombre honrado, pero es cierto que, perdiendo las instituciones de la vida monástica, el espíritu humano ha perdido una gran escuela de originalidad. La distinción se adquiere, igualmente, por el trato de una aristocracia intelectual y por la soledad. Pues bien, todo lo que ha contribuído á mantener en la humanidad una tradición de nobleza moral, es digno de respeto, y en cierto sentido, de pesar, aun cuando ese resultado haya debido ser comprado á costa de muchos abusos y prejuicios.

Ernesto RENÁN

LAS VIDAS ROTAS

EL NIÑO QUE SE MATÓ

Y cuando el drama acaeció, todos se miraron á hurtadillas, deseando que los otros no les mirasen, temiendo que se adivinara el remordimiento secreto.

Porque el niño, así se dijo al menos, no acusó. Y todos se sintieron criminales. Y pedían falsamente, hipócritamente la acusación del niño, sabiendo que era inútil. En vida no se la hubieran demandado, temerosos del dedo señalador.

Al matarse el niño, pedazos de su vida conservaron todos. Reuniéndolos se hubiera sabido la verdad, se hubiera recompuesto el rompe cabezas. Los sufrimientos, las tristezas, las angustias del pequeño aparecerían allí. También los causantes. Y miedosos de encontrar su nombre resaltando, no juntan los trozos, y preguntan á los demás si tienen algún indicio, negando los que poseen, y satisfechos cuando se les contesta negativamente. No lo creen, pero su conciencia, engañada un momento, descansa.

Y la lucha íntima de los que quedan es horrible. Desearían saber y no quieren. Porque su espíritu no está limpio de pecado

y su alma no está llena de arrepentimiento y humildad para proclamar la falta.

Y arteramente se procuran despistar, y embozadamente se señalan.

Y no existe la piedad, porque tienen miedo. Y designan un *solo* culpable para libertarse del peligro de ser designados.

Y los culpables *son todos*. Todos los que compusieron la vida del niño le hicieron sufrir. Aun aquellos que desearon alegrarle le entristecieron. Porque al mostrarle la vida buena, grande por el amor, sintió el vacío de la suya. Exagerando su mal, pensó que nadie le quería, y la elección de sitio para matarse, al escoger aquél en que un deseo brutal le persiguiera ¿no parece indicar algo de agradecimiento para quien sin conocerle, le quiso suyo?

Las vidas tristes sólo se alegran con amor. La resignación no la conocemos ya.

Y el niño no amó. No pudo. Se separó del amor, porque tenía una misión dolorosa que cumplir. Lo creía. Se lo habían inculcado desde pequeño. Y el pobre Justiciero fué aplastado por la Justicia.

La responsabilidad que sobre él habían descargado le agobiaba.

Le obsesionaban con ella y consideraba criminal apartar de sí el cáliz de amargura.

Era el Deber.

Era un niño que tenía un Deber.

Y la vida no le fué posible. Se vió pequeño para cumplir su misión. Demasiado pequeño. Con un sentido demasiado absoluto de las cosas, no comprendió que la Verdad es relativa, que la Justicia no es de este mundo, que no era culpa suya si no la cumplía, sino de que no podía existir aquí.

Y no fué cobarde.

Mienten. Quiso hacerse Justicia. Y creyó *deber* pagar con la vida la falta de cumplimiento de un Deber imaginario que le habían impuesto.

¡Desgraciados de los que se lo impusieron!

Y no fué criminal por dejar sin amparo á su hermana.

Cuando creyó no poder con su Misión se mató. Seguro de no poderla servir de amparo, necesitado él mismo de protección. La quitó una carga, no un socorro. Tal pensó.

Porque era puro y recto de corazón no vaciló en su camino.

Y sus desalientos que él creía traiciones, fueron en su mayoría inconfesados.

Y la desgracia de su nacimiento le hizo amarga la vida. Porque no supieron enseñarle la nada de los prejuicios sociales.

Y le educaron sin ilusiones, y le hicieron ver el mundo malo, el muudo infame, y despojándole de esperanzas, le restaron fuerzas.

Y enseñado á dudar de todos, á no creer en nadie, llegó á dudar de los que le rodeaban.

Y se encontró sólo.

Y hubiera llorado como un niño, si hubiera tenido donde refugiarse para llorar.

Los niños esconden la cabeza en las faldas de sus madres. Tienen un cierto pudor. Pero él no tuvo quien le acogiera.

Y desapareció.

Y los que le adoraban—muy pocos—, sintieron un desgarramiento profundo, un dolor intenso, algo muy íntimo que les destrozaba. No era una persona que se moría, era algo muy suyo en quien residía lo mejor de ellos mismos. Lo más puro ó lo más fuerte.

Y los espíritus honrados que le trataron, en su afán de torturarse, para ofrecerle ese sacrificio, se sintieron criminales.

Y los verdaderos se ocultaron.

E hicieron la farsa social.

Pero el reposo no existía para ellos. Y el Justiciero muerto, la Justicia empezaba su obra. El no acusar suyo, obra de caridad en él, fué obra de Justicia, remordimiento perpetuo.

Y los indiferentes, y los extraños, se ocuparon vagamente del caso, anhelantes de un escándalo ó curiosos, y despiadados y estúpidos, buscaron causas ridículas, interpretaciones propias de ellos.

Y no comprendieron que un espíritu puede morir por bancarrota moral, por convicción de su impotencia para realizar su obra.

Porque las ideas en que reposa su vida no toman cuerpo en la Vida.

Él amó demasiado la Justicia y la Pureza y no encontró sino violencias, crímenes, faltas, gentes maculadas.

Y su espíritu sólo quedará en dos ó tres espíritus gemelos,

enamorados de ideal, no rozados por la vida. En uno ó dos rebeldes. En uno ó dos inadaptados.

Y para los demás, la vida será la misma.

Seguirá monótona, vulgar.

Él será olvidado. Y sólo para hacer arma contra los vivos se recordará al muerto.

M. NÚÑEZ DE ARENAS

EL SACRIFICIO

Con mucha verdad se ha dicho frecuentemente que el sacrificio se halla impreso en el universo en que vivimos. Y esto debe, en realidad, ser así, puesto que el universo que habitamos fué originado por un acto de sacrificio, por la limitación del Logos que se sacrificó para que el mundo pudiera venir á la existencia. Todas las religiones están de acuerdo acerca de que la manifestación principió por un acto del Sacrificio Divino. Podrían citarse todas las Escrituras para probar lo dicho; pero esto os es tan familiar á todos que no hay necesidad de prueba alguna.

La naturaleza de este sacrificio lo vemos en las limitaciones á que se sujeta lo Inmaterial al ponerse en contacto con la materia; en el hecho de condicionar Aquello que es Incondicionado; en las restricciones que esclavizan Aquello que por su naturaleza es Libre. El primer pensamiento que surge en nuestra mente, cuando observamos el desarrollo de un universo, es que esta manifestación de la vida es sólo posible á causa de sus limitaciones; que estas limitaciones establecen las condiciones de su evolución, y que así como la vida se manifiesta tomando diversas formas, del mismo modo, por medio de la destrucción de una forma tras otra, y asumiendo continuamente otras nuevas formas, la vida evoluciona incesantemente. Vemos á la vida manifestada en la materia, atrayendo en torno de sí materia que se apropia como forma. A medida que la forma se desgasta en el ejercicio de las funciones vitales, la vida atrae constantemente nueva materia para reemplazar á la que se ha perdido. Vemos que la forma decae constantemente, y que constantemente es renovada, y que la vida sólo tiene posibilidad de ma-

nifestarse aportando continuamente nueva materia á su decadente forma, conservándola así como vehículo de manifestación. Sólo atrayendo continuamente nueva materia, y destinándola á la construcción y renovación de su forma, puede la vida evolucionar.

De este modo queda fija en la misma naturaleza del sér que evoluciona la idea de que la vida se conserva y desarrolla absorbiendo, acaparando y poseyendo. Esto parece ser lo que la vida aprende en su contacto con la materia, y en las primeras etapas no comprende que el absorber, acaparar, poseer y guardar, no es realmente la condición de la vida, sino la condición de la conservación de la forma en la cual la vida se manifiesta. La forma no puede continuar existiendo más que asimilándose constantemente nueva materia. Á medida que la vida crece y se desarrolla, esta constante asimilación es la característica del Jîva que evoluciona. Por doquier aprende que en el sendero de Pravritt, el sendero de la manifestación debe absorber, acaparar, poseer y guardar. Por doquier aprende y se ve apremiado á absorber otras formas, y por medio de la unión de otras formas con la suya, á conservar la continuidad de su existencia en la forma.

Cuando los grandes Instructores principiaron á dar lecciones al Jivâtmâ evolucionario, cuando éste hubo alcanzado el punto de materialidad necesario, entonces recibió extrañas enseñanzas, en un todo contrarias á todas sus precedentes experiencias. El Instructor principió por decirle: «La vida se conserva no sólo absorbiendo, sino también sacrificando aquello que uno se ha asimilado. Es un error el creer que podéis vivir y desarrollaros sólo por la asimilación de otras formas á la vuestra, del mismo modo que es un error el suponer que por la simple absorción de la vida que os rodea pueda la vuestra continuar existiendo. Todo el mundo está unido por una ley de mutua solidaridad. Todas las criaturas vivientes existen en virtud de un intercambio mutuo por el reconocimiento de la realidad de la mutua solidaridad. No podéis vivir aislados en un mundo de formas. No podéis conservar vuestra propia forma por la asimilación de otras sin contraer una deuda, la cual debe ser pagada por medio del sacrificio de alguna parte del objeto apropiado, cuya parte debe servir para la conservación y sustento de otras vidas. Todas las vidas están unidas por una cadena de

oro, y esta cadena de oro es la ley del sacrificio y no la ley de la ambición.»

El universo surgió debido á un acto de supremo sacrificio, y sólo puede ser conservado por la continua renovación del sacrificio.

Oid lo que Shrî Krishna enseñó: «Este mundo no es para aquel que no ofrece sacrificios, y mucho menos el otro, oh, el mejor de los Kurus» (1).

Así, pues, el hombre no puede ni aun vivir en el mundo de las formas, á menos que ejecute actos de sacrificio. La girante rueda de la vida no puede continuar su curso, á menos que cada miembro, á menos que cada criatura viviente la impulse por medio de la ejecución de actos de sacrificio. La vida es conservada por el sacrificio, y en el sacrificio está cimentada toda la evolución.

A fin de que esta nueva lección fuese comprendida de un modo correcto, vemos que los grandes Instructores insisten acerca de los actos de sacrificio, y demuestran que en virtud de tales actos gira la rueda de la vida que nos produce todo bien. Por este motivo vemos establecido en el ritual Indo los bien conocidos cinco sacrificios, los cuales incluyen en su amplio círculo los sacrificios que son necesarios para la conservación de las vidas de todas las criaturas del mundo.

Se nos enseña que nuestras relaciones con el mundo invisible, con el mundo de los Devas, sólo pueden ser conservadas por medio del sacrificio á los Devas, en los cuales nosotros reconocemos esta mutua solidaridad. Nosotros les damos á ellos, ellos nos dan á nosotros, y de esta suerte, alimentándonos mutuamente, recogemos la mayor suma de bien posible (2).

Luego aprendemos el sacrificio llamado el sacrificio á los Rishis, el sacrificio á los sabios, el sacrificio á los Instructores. Este es el sacrificio del estudio, por la ejecución del cual pagamos una de nuestras deudas, por la ejecución del cual nos libramos de una obligación. Por medio del estudio nos hacemos aptos para enseñar, y de esta suerte conservamos la sucesión del conocimiento y saber, transmitiéndolo de generación en generación.

---

(1) *Bhagavad Gîtâ*, IV, 31.
(1) *Bhagavad Gîtâ*, III, 11.

Después aprendemos que debemos también pagar la deuda á los Antecesores, el sacrificio al pasado, el sacrificio á los Antepasados, á los Pitris, admitiendo de este modo que lo que recibimos del pasado, debemos pagar nuestra deuda dándolo al futuro.

Próximamente aprendemos á pagar nuestra deuda á la Humanidad. Se nos enseña que debemos, cuando menos, alimentar á un hombre cada día. Sabemos que la esencia de este acto no consiste simplemente en dar de comer á un pobre. En este hombre que es alimentado, el Señor del sacrificio es también alimentado; y cuando Él está alimentado, toda la Humanidad está alimentada en Él. Del mismo modo que cuando Durvâsa se presentó á los Pândâvas en su destierro, una vez se había concluído el festín, y pidió alimento cuando ya no lo había, y el Mismo Señor del sacrificio se presentó y dijo á los Pândâvas que buscasen alimento, y se halló un solo grano de arroz, con el cual Él se sació y Su hambre quedó satisfecha, y en la satisfacción de Su hambre la gran hueste de los ascetas se sintió también satisfecha, de la propia suerte sucede con el sacrificio que se hace en beneficio de este hombre. En el alimento de un mendigo hambriento se siente satisfecho Aquel que se halla en todas y en cada una de las vidas humanas, y así, alimentándole á Él en la forma de un pobre, alimentamos á la Humanidad.

Finalmente, aprendemos el sacrificio á los animales. En el sacrificio á los animales, en los dos ó tres animales que diariamente estamos obligados á alimentar, alimentamos al Señor de los animales en Su creación animal, y por este sacrificio es conservado el mundo animal.

Tales son las antiguas lecciones dadas á la joven humanidad para enseñarle la forma y esencia del acto de sacrificio. Con esto aprendemos que el espíritu de la ley de los cinco sacrificios es mucho más importante que la letra de la ley, y aprendemos á unir á este espíritu de sacrificio el reconocimiento de la ley de la obligación, de la ley del deber. Cuando la Ley del Sacrificio es de esta suerte entretejida con y unida á la Ley de la Obligación, entonces se coloca el próximo paso ante el Jîva que evoluciona.

Habéis aprendido á ejecutar ciertos actos como actos obligatorios. Ahora debéis comprender que el mundo sólo se sostie-

ne debido al acto del sacrifico (1). Debéis comprender que deseando el fruto de las acciones nos ligamos al mundo de las acciones, y que si queremos librarnos de semejantes lazos, debemos aprender á sacrificar constantemente el fruto de la acción. «Con tal objeto, libre de deseos, oh hijo de Kunti, ejecuta tus actos» (2).

Este es el próximo paso. Esto no significa que del campo de actividad de un hombre se deban separar y ser consideradas como sacrificios ciertas y determinadas acciones, sino que todas las acciones deben ser vistas á la luz del sacrificio por la renunciación del fruto de la acción. Cuando sacrificamos el fruto de la acción, entonces principiamos á desatar los lazos de la acción que nos ligan al mundo. Por esto leemos: «Aquel en quien todo deseo se ha extinguido, que está bien armonizado, con sus pensamientos afianzados en la sabiduría, y sus obras han sido purificadas por el sacrificio, en este hombre toda acción se ha desvanecido» (3).

El mundo sólo se sostiene debido al Karma, debido al acto del sacrificio. Esta es la lección que principia á susurrarse en nuestro oído á medida que nos aproximamos al fin del Pravritti Mârga, á medida que llega el tiempo en que debemos regresar á nuestra patria y emprender el camino de Vuelta, el Nivritti Mârga. Cuando el hombre principia á renunciar al fruto de la acción, cuando ha aprendido á ejecutar todos sus actos como un deber, sin apetecer su fruto, entonces llega el momento crítico en la historia de la evolución del alma humana. Entonces, á medida que sacrifica el fruto de la acción, percibe una nota todavía más elevada, recibe una lección más elevada todavía, las cuales tienen por objeto conducirlo al Nivritti Mârga, el Sendero de Vuelta. «Mejor que el sacrificio de las riquezas es el sacrificio de la sabiduría, oh Parantapa», dice Shrî Krishna. «Todas las acciones en su conjunto, oh Pârtha, están contenidas en la sabiduría. Aprende tú esto, instruyéndote por medio del examen y la adoración. Los sabios, aquellos que ven la Esencia de las cosas, te instruirán en la sabiduría. Y habiendo comprendido esto, no volverás de nuevo á caer en la confusión, oh Pân-

(1) *Bhagavad Gîtâ,* III, 9.
(2) *Bhagavad Gîtâ,* III, 9.
(3) *Bhagavad Gîtâ,* IV, 23.

*

dava, pues por esto percibirás tú á todos los séres sin excepción en el Yo, y á todos en Mí» (1).

En esto consiste la prueba de que hemos aprendido á reconocer la nota de la verdadera espiritualidad. Por el «sacrificio de la sabiduría» aprenderemos á ver á todos los séres en el Yo, y por lo tanto, en Dios. Esta es la señal del Sendero de Vuelta, del Nivritti Mârga. Esta es la lección que ahora debe ser aprendida por el hombre que evoluciona.

Ahora nos hallamos en el punto crítico de la historia del Jîva que evoluciona. El Jîva se esfuerza en sacrificar el fruto de la acción, en ser indiferente á los deseos. ¿Y cuál es el resultado inevitable de esto? El apego al fruto de la acción disminuye, vairagya se apodera de él, la melancolía le domina, y de esta suerte se halla, por decirlo así, flotando en el vacío. Todo motivo que le induzca á la acción ha desaparecido. Ha perdido los estímulos del Pravritti Mârga. Todavía no ha encontrado los estímulos del Nivritti Mârga. El disgusto para cuanto le rodea se abate sobre él. Parece haberse hastiado de la Ley del Deber; todavía no ha percibido el corazón de la Ley del Sacrificio. En este momento de pausa, en este momento de suspensión en el vacío, parece que se ha separado del mundo de las formas y objetos; pero todavía no se ha puesto en contacto con el mundo de la vida, con «el otro lado». Es como si un hombre, al cruzar desde un precipicio á otro, á través de un angosto puente, éste se hundiese súbitamente bajo sus pies. Este hombre no puede retroceder, ni puede alcanzar la orilla opuesta. Parece hallarse suspenso en el vacío, en medio del aire, sobre el abismo; de todo se halla separado.

No temas, oh alma temblorosa, cuando este momento de supremo aislamiento llega. No temas separarte de lo transitorio antes de que te sea dable ponerte en contacto con lo Eterno. Escucha á los que se han hallado en este mismo aislamiento y han salido triunfantes del mismo; á los que han hallado que este aparente vacío es una verdadera plenitud; escúchalos proclamando la Ley de la Vida, dentro de la cual debes tú ahora entrar: «Aquel que ama su vida la perderá; pero aquel que pierde su vida la hallará en la Vida Eterna».

Esta es la prueba ó testimonio de la Vida Interna. No po-

(1) *Bhagavad Gitâ,* IV, 34.

déis poneros en contacto con lo superior hasta que os hayáis separado de lo inferior. No podéis sentir lo superior hasta que el contacto con lo inferior os produzca el mismo efecto que el aproximaros á un cadáver. Al subir un niño una escala cuya base se apoya en el fondo de un precipicio, oye la voz de su padre que le llama desde arriba. El niño desea llegar al sitio en donde se halla su padre, y así sube agarrado á la escala con ambas manos, puesto que percibe el abismo abierto á sus pies. Mientras tanto la voz le dice: «Suelta la escala y extiende tus manos arriba tu cabeza». Pero el niño teme. Si suelta la escala, ¿no se precipitará en el abismo que tiene abierto á sus pies? El niño no puede ver arriba de su cabeza. El aire parece vacío, no hay nada para asirse. Entonces tiene lugar el supremo acto de la fe. El niño suelta la escala y extiende sus vacías manos en el vacío que existe arriba su cabeza, y ¡ved! las manos de su padre se entrelazan con las suyas y le ayudan á subir hasta que le colocan á su lado. Tal es la Ley de la Vida Superior. Abandonando lo inferior nos hacemos dueños de lo superior; renunciando á la vida que conocemos conseguimos formar parte de la Vida Eterna.

Nadie, excepto aquellos que lo han sentido, pueden comprender el horror de este gran vacío, en el cual el mundo de la forma se ha desvanecido, pero en el cual no se ha sentido todavía la vida del Espíritu. Pero no hay otro camino para pasar desde la vida de la forma á la vida del Espíritu. Entre la vida de la forma y la del Espíritu se extiende el abismo que debe cruzarse; y por extraño que parezca, en el momento del mayor aislamiento, cuando el hombre está reconcentrado en sí mismo y nada existe en torno suyo más que el silencio del vacío, entonces es cuando de este nada del sér surge el Sér Eterno, y aquel que se atrevió á elevarse desde el suelo movedizo de lo temporal, se encuentra sobre la segura roca de lo Eterno.

Tal es la experiencia de todos aquellos que en el pasado han alcanzado la vida espiritual. Tal es el recuerdo que nos han legado para que nos sirva de estímulo y consuelo cuando á nuestra vez nos llegue el momento en que debamos cruzar este abismo. En los Shâstras y otras obras que están llenas del más profundo significado, leemos que cuando el discípulo se presenta ante su Maestro debe llevar combustible de sacrificio en su mano. ¿Qué es el combustible de sacrificio? Representa *todo* lo

que pertenece á la vida de la forma, todo lo que pertenece al yo personal inferior. Todo debe ser arrojado al fuego del sacrificio, nada debe ser guardado. El discípulo debe reducir á cenizas su naturaleza inferior, y sus propias manos deben encender el fuego que ha de consumirla. Debe sacrificarse. Nadie puede hacerlo por él. Dad, pues, vuestra vida y renunciad á ella por completo. Haced cuanto esté en vuestra mano para no sentir apego por nada; clamad al Señor del fuego diciendo que el sacrificio está sobre el altar, y no huyáis del fuego consumidor. En la turbación y tristeza del aislamiento, tened confianza en la Ley que no puede fallar. Si la Ley del Sacrificio es bastante fuerte y potente para sostener el peso del universo, ¿torcerá su curso bajo el peso de un átomo como yo? La Ley es bastante fuerte para que se pueda confiar en ella; es lo más fuerte y lo más potente que existe. Según la Ley del Sacrificio, la vida del espíritu consiste en dar, no en recibir; en distribuir, no en acaparar; en la renuncia de uno mismo, no en el deseo de fomentar nuestros particulares intereses; en dar todo lo que uno tiene, en la seguridad de que todo se halla contenido en la plenitud de la Vida Divina. Notad cuán natural es esto. La Vida inagotable brota constantemente de la infinita plenitud del Yo. La forma es limitada, la vida no tiene límites. Por lo tanto, la forma vive de lo que absorbe, al paso que la vida crece y se desarrolla por medio de lo que da. En la justa proporción que sabemos desprendernos de todo cuanto poseemos, hacemos sitio para que la plenitud Divina fluya en nosotros, y de esta suerte poseemos mucho más que antes. Así, pues, la nota dominante del Nivritti Mârga es renunciación. La renunciación es el secreto de la Vida, del mismo modo que la absorción es el secreto de la Forma.

(Se concluirá.) Annie BESANT

Notas, Recortes y Noticias.

Más de la elección presidencial. Elegida definitivamente como sucesora en la Presidencia de la Sociedad Teosófica misstres Annie Besant, no tiene ninguna importancia el conocimiento de algunos escrutinios. A título de información únicamente se consignan, y hoy toca el turno á la Sección cubana.

De las 19 Ramas que la constituyen se abstuvieron de votar cinco, votando las 14 restantes del siguiente modo: 188 por la confirmación de Mrs. Annie Besant, 14 por una nueva designación.

Las cinco Ramas abstinentes representan una suma de 67 votos.

Secretos que desaparecen. En esta época del modernismo vamos perdiendo todos los secretos profesionales, y si continuamos así llegará una época en que lo que hagan nuestras industrias no valga la pena de tenerlo en cuenta. Menos mal si nos contentamos con ello.

En diferentes fabricaciones podemos ver nuestra inferioridad con las de los antiguos.

Nos sentimos orgullosos con nuestros aceros de Toledo, y los ingleses creen que no lo hay mejor que el de Sheffield; sin embargo, las antiguas hojas de los sarracenos, de hace siglos, partirían en pedazos nuestros sables más fuertes como un cuchillo de palo parte la mantequilla.

Si nos fijamos en una cosa tan sencilla como la tinta de escribir, no tenemos sino coger cartas y manuscritos para convencernos de su deficiencia. En ese tiempo ha perdido su fuerza, y las letras que un tiempo fueron negras, se nos presentan amarillentas y pálidas, mientras que la tinta de los manuscritos medioevales permanece negra y clara como hace setecientos años.

En materia de tintes es imposible que comparemos los de nuestros tejidos con los antiguos. Los hermosos y brillantes colores que los orientales supieron dar á sus telas, aquellos azules, rojos y verdes permanentes, no los sabemos dar; y en las tumbas egipcias encontramos trozos de tela teñida hace miles de años con un color y una brillantez que ninguna fábrica de nuestros días es capaz de producir.

En cuestión de arquitectura todo el mundo está convencido de que los antiguos nos superaron y que en nuestros días no somos capaces ni siquiera de llegar á una mala imitación de sus colosales edificios.

Las asombrosas obras de los egipcios, que admiramos extasiados desde el Cairo hasta las cataratas; los monumentos romanos, de que tenemos en la Península soberbios ejemplares, hacen pensar á la arquitectura moderna, no sólo por lo valiente

de su construcción, sino por su duración y firmeza, ignorándose aún cómo pudieron construirse, de qué método se valieron para manejar y elevar tan inmensos trozos de piedra y qué componente y proporciones tenía el milagroso mortero que al endurecerse se hacía más fuerte aún que las piedras unidas.

La falsificación de las piedras preciosas, á pesar de lo adelantada que se encuentra hoy día, no puede compararse con la perfección á que llegaron los franceses en la imitación del brillante.

Nuestros modernísimos adelantos químicos no han podido hacer brillantes que lleguen á angañar al más experto como los antiguos hechos con la pasta francesa, cuya composición química desconocemos.

Este, como otros mil secretos de los antiguos días, han desaparecido, y para siempre.

El peso del cerebro. El peso medio del cerebro de un francés es de 1.284 gramos, según apreciaciones generales. El de un hannoveriano pesa 1.461. Se citan estas dos cifras porque entre ellas se comprenden los pesos de los demás pueblos de Europa.

El peso cerebral aumenta, por regla general, en todos los países; pero de un tiempo á esta parte los cerebros que acusan una mayor diferencia son los japoneses. En 1823, por ejemplo, según información del Dr. Dlenitz, el peso medio era de 1.337 gramos, y en 1903 había subido á 1.367.

Hay que advertir que la proporción entre el cerebro y la estatura es de ocho gramos por centímetro, y que el peso de este órgano es igual á la treinta y nueveava parte del peso total del individuo.

Vegetales para los anémicos. Las preparaciones ferruginosas figuran en la moderna farmacopea en número incalculable. Sin embargo, no todos los enfermos las toleran bien ni todas las preparaciones se adaptan á los diversos temperamentos. Por tal razón, y como quiera que el hierro abunda en los alimentos vegetales, en general es preferible el absorber dicho mineral en esta última forma, con tanto más motivo cuanto que por el hecho de habérsele ya asimilado las plantas se lo apropia mucho más fácilmente el organismo.

Paréceme interesante á este propósito reproducir unas cuantas cifras que expresan las dosis de hierro en milígramos por cada 100 gramos de alimento vegetal: pan de trigo, 1,5 milígramos; pan de centeno, 2,3; grosella, 3,6; arroz, 4,5; cebada, 4; uvas negras, 5,8; patatas, 6,2; guisantes, 6,8; judías blancas, 8,5; zanahorias, 8,9; lentejas, 9,3; espárragos, 20,5; coliflor, 28 á 36; archicoria, 20 á 25, y espi-nacas, 35 á 45.

Ciertamente causará sorpresa descubrir tanto hierro en las zanahorias, los espárragos y las espinacas. Pero las cosas son como son. Ya lo saben, pues, los anémicos de estómago rebelde á jarabes y emulsiones. Un régimen alimenticio en el que predominen los vegetales últimamente mencionados, suplirá con ventaja á todas las preparaciones ferruginosas, y que perdonen los boticarios.

El San Graal. La célebre reliquia de la última cena del Señor, llevada á Inglaterra—según se dice—por José de Arimatea, se ha encontrado en Inglaterra de un modo extraño, según se dice en *The Occult Review*.

Un día del pasado mes de Octubre, un hombre de negocios, muy conocido en Bristol, tuvo una sorprendente visión. Afirma que estaba despierto y ocupado en cosas muy ajenas al asunto que le ocupó más tarde.

Vió un pozo abandonado, cerca de una milla de Gladstonbury Abbey, un pozo seco en cuyo fondo se veían algunos restos de limo y de agua. Mirando bien, observó que había una piedra y bajo ella una reliquia antigua. Comprendió el hombre que aquello había sido una visión, por hallarse muy lejos del lugar imaginado, y no quiso tomar en serio lo que creyó desde luego una alucinación pasajera, hija acaso del trabajo que había desarrollado en su ocupación.

Contó, sin embargo, el hecho á tres jóvenes que, encontrando el pozo, hallaron en el fondo, escondida entre el fondo del limo, una especie de escudilla, curiosamente trabajada en vidrio, con adornos de plata. En la parte interior tenía una cruz de Malta, de factura precristiana, quizás de un origen egipcio más bien.

Los jóvenes dieron la reliquia al hombre de Bristol. El secreto del descubrimiento se conservó hasta que dos de los muchachos lo revelaron á un pastor, que inmediatamente se puso en relación con el poseedor de la reliquia, haciéndole ir á Lon-

dres. Celebróse una reunión privada á la que asistieron Mark Iwaim y Willians Crookes. El hombre de Bristol refirió sencillamente cómo había hecho el descubrimiento de lo que cree que es el San Graal.

Examinada la reliquia, según W. Crookes, lo que es indudable es que tiene una antigüedad de dos mil años.

En cuanto á que sea el San Graal, se nos permitirá dudarlo. El símbolo de la cruz como decoración en la plata no lo conoció Jesucristo, y el San Graal realmente no se sabe aún lo que fué.

En Valencia se enseña aún el cáliz de la Pasión, el de la última cena: un cáliz que está rajado y que se dice es de ágata y de una pieza.

El radio y su emanación; la transmutación.

El descubrimiento del radio ha tenido innumerables consecuencias, y las últimas comunicaciones hechas por sir William Ramsay al Congreso para el Progreso de las Ciencias, de Leicester, aumentan el interés que rodea á ese cuerpo tan maravilloso y extraño.

El Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de París, M. Darboux, dando lectura de la primera comunicación de madame Curie sobre la determinación del peso atómico del radio, ha declarado que el radio y su emanación no se transforman sólo en helio, como se ha demostrado ya hace mucho tiempo, sino que se puede determinar la transmutación de otros elementos, como ha comprobado William Ramsay, que ha podido cambiar el litio en cobre.

Si las experiencias hechas por este célebre químico inglés se confirman—dice un profesor alemán—«pondrán los pelos de punta á los químicos ortodoxos».

Semejantes indagaciones tienden á demostrar que la transmutación de los elementos no es imposible. Demuestran también que el sueño de los antiguos alquimistas que buscaban la «piedra filosofal» no estaba desprovisto de fundamento.

R.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.